

Pasando sin rumor...  
 REY. (*Aparte.*) ¡Oh, duro empeño!  
 ANACLETA. Iré á ver si el postigo...  
 (*Aparte.*) A dar parte de todo voy lige-  
 pues que de esta manera (ra,  
 las instrucciones que obedezco sigo.  
 ¡Que se me fuese á mí de la memoria,  
 que estaba libre aquella escapatoria!  
 (*Vase.*)

Sale LEONARDA

LEONARDA. Libre la falsa puerta  
 está, señora, sí. Por ella...  
 D.<sup>a</sup> ELVIRA. (*Toma un candelero.*) Al punto.  
 REY. (*Deteniéndose indeciso.*)  
 ¿Y si ese caballero se despierta,  
 y sospecha tal vez?...  
 PIERRES. (*Aparte.*) Estoy difunto.  
 Ya huelo mal.  
 D.<sup>a</sup> LEONOR. (*Toma el otro candelero.*)

Es fuerza resolverse.

REY. Vamos.  
 LEONARDA. Pisad más quedo.  
 PIERRES. No hay digestivo que le iguale al  
 (miedo.  
 (*Al ir todos á entrar por la puerta del  
 fondo, quedan parados y sorprendi-  
 dos oyendo al voz del Comendador.*)

COMEND. (*Dentro.*) ¿Quién trastorna mi casa?  
 ¿Qué es esta confusion? ¿Qué es lo que  
 Ya despertó. (pasa?

REY. (*Muy afligida.*) ¡Dios mio!  
 LEONARDA. (*Asustada.*)  
 ¡Ay, que sale, señor!... (*Vase.*)

D.<sup>a</sup> LEONOR Y D.<sup>a</sup> ELVIRA. ¡Cielos, mi tío!  
 (*Huyendo despavoridas tirando los can-  
 deleros y queda la escena en tinie-  
 blas. El Rey saca la espada y se re-  
 tira á un lado. Pierrres se esconde  
 con mucho miedo detrás de su amo.*)

Sale EL COMENDADOR á medio vestir y  
 con la espada desnuda.

COMEND. (*Avanzando lentamente y á tientas.*)  
 ¿Quién corre y mata las luces?  
 ¿Quién ha entrado en esta sala?  
 ¿Quién esta calle alborota?  
 ¿Quién ese jardín asalta?  
 Vive Dios que he de saberlo;  
 vive Dios, que á cuchilladas  
 ha de castigar mi brazo  
 á quien trastorna mi casa.  
 Luces, luces... Vengan pronto.  
 Hola... ¡Anacleta!... ¡Leonarda!  
 ¡Leonor!... ¡Elvira!...

REY. (*Aparte*) Si acaso

este buen hombre me ensarta  
 sin querer, quedo servido.  
 Pondré delante mi espada.  
 COMEND. (*Esgrimiendo á tientas encuentra con  
 la espada del Rey.*)  
 Ya lo encontré, ya un acero  
 osa oponerse á mi rabia.  
 La oscuridad nada importa,  
 que la embravecida llama  
 del valor que arde en mi pecho,  
 del enojo que me inflama,  
 sobra para que lo encuentre,  
 para que lo rinda basta.  
 (*Se cruzan las espadas varias veces, y  
 luego se separan y se pierden.*)

Salen D.<sup>a</sup> LEONOR y D.<sup>a</sup> ELVIRA, LEO-  
 NARDA y ANACLETA con luces. El Rey  
 envaina de pronto y se emboza, Pier-  
 res se mete debajo de la mesa.

COMEND. (*Al Rey.*) ¿Quién sois vos, y qué buscáis  
 á estas horas en mi casa?

REY. (*Con moderacion y sin desembozarse.*)  
 Tened. Soy un caballero,  
 que vuestro amparo demanda.

COMEND. ¿Cómo?...  
 REY. Escuchadme. (*Aparte.*)  
 Aquí es fuerza

que de mi ingenio me valga  
 para poder evadirme  
 sin descubrir á mi dama.

(*Alto y con rapidez.*)

Señor, me importa ocultarme,  
 y perseguido sin causa  
 por la ronda, á vuestra puerta  
 llegué cansado: al tocarla  
 para repararme, advierto  
 que sin cerrar y encajada  
 paso y refugio me ofrece;  
 entro, cierro, echo la aldaba,  
 y buscando ansioso al dueño  
 por rogarle me ocultara  
 mientras pasaba el peligro,  
 siguiendo de luz lejana  
 las vislumbres, aquí llevo  
 donde me encuentro á dos damas  
 haciendo labor; se asustan,  
 huyen, las luces apagan,  
 y me quedo amenazado  
 de vuestro enojo y espada.

D.<sup>a</sup> ELVIRA. (*A Leonarda en secreto y con viveza.*)

Apóyalo, dí que abierta  
 la puerta quedó, Leonarda.

LEONARDA. (*Poniendo el candelero sobre la mesa.*)  
 Señor, perdóname. Es cierto  
 que olvidé echar la aldaba

cuando entrasteis, porque á voces  
 las señoras me llamaban.  
 Y estando así no es extraño...  
 COMEND. (*Indeciso.*)  
 ¿Quién?... La prudencia me valga.  
 ¿Quién, que sois un caballero;  
 quién, que os persigue sin causa  
 la justicia, me asegura?  
 Y aunque así sea, mi casa  
 ¿qué inmunidad os ofrece?  
 Dicho habeis que os importaba  
 ocultaros, y este dicho  
 despierta sospechas claras.  
 Si sois traidor á mi rey,  
 si enemigo de mi patria,  
 si por crímenes de estado  
 la justicia tras vos anda;  
 ¿pensáis que yo en mi conciencia  
 de encubridor y de capa  
 puedo serviros, burlando  
 la accion de las sacrosantas  
 leyes? Jamás.

D.<sup>a</sup> LEONOR. (*Al Comendador.*) Ya acogido,  
 señor, á tu amparo...

COMEND. Calla,  
 que no entiendes de estas cosas.

(*Al Rey.*) ¿Mis reflexiones os pasan?  
 Si por dicha vuestro nombre  
 á satisfacerme basta,  
 ¿por qué lo ocultais?... Decidlo.

REY. (*Dudoso.*) Señor... ¿mi nombre?... Bas-  
 bastara, sí; yo os lo juro. (tara,

COMEND. ¿Por qué vuestro labio tarda  
 en pronunciarlo?... ¿Quién sois?

REY. (*Desembozándose y presentándose con  
 dignidad en medio de la escena.*)

El rey Francisco de Francia.  
 D.<sup>a</sup> LEONOR. (*Cae desmayada en brazos de Elvira.*)  
 ¡Cielos!

D.<sup>a</sup> ELVIRA. (*Colocando en una silla á doña Leonor.*)  
 ¡Leonor!

COMEND. (*Sorprendido y envainando la espada*)  
 ¡Grave caso!

ANACLETA. (*Aparte.*) De ocurrencia tan extraña  
 corro con la nueva al punto.  
 Grande ventura me aguarda,  
 pues me encuentro de patitas  
 entre personas tan altas.

(*Vase, dejando sobre la mesa el cande-  
 lero.*)

REY. (*Aparte.*)  
 ¡Ay de mí! que un rayo han sido  
 para Leonor mis palabras!  
 (*Alto al Comendador con dignidad.*)  
 ¿Qué os hiela? ¿Qué os petrifica?  
 Si alguna duda os amaga

acercad á mí esas luces.  
 Reconocedme, acercadlas;  
 que no es la primera vez  
 que me visteis cara á cara.  
 COMEND. (*Sosegado y respetuoso.*)  
 Señor, porque os reconozco  
 tan gran confusion me embarga,  
 pues me parece un ensueño,  
 una pesadilla infausta,  
 á un rey que está en una torre  
 verlo á tal hora en mi casa,  
 en donde forzosamente  
 le debe de ser negada  
 la hospitalidad, que el hombre  
 de ménos valor hallara.

(*Resuelto.*)

¿Qué es esto?... Si vuestra alteza  
 la fuerte cárcel quebranta,  
 de mi rey en deservicio  
 es, y en mengua de mi patria,  
 y yo soy un fiel vasallo,  
 y soy español sin tacha,  
 y la lealtad y la honra...  
 Harto os digo, señor; basta.  
 REY. (*Turbado.*)

Pues qué... ¿intentáis...?

COMEND. Vuestra fuga

sé, vuestra estrella contraria  
 os pone en mis manos, juzgo  
 vuestra alteza, pues inflama  
 la sangre de caballero  
 su corazon de monarca,  
 lo que hacer á mí me cumple  
 para salvar honra y fama.  
 Y vuestra alteza conozca  
 el empeño, la desgracia  
 que con su régia visita  
 me trajo á mí y á mi casa.  
 La ronda, que por respeto  
 á mi nobleza y mis canas,  
 aun no ha allanado mi puerta,  
 al cabo vendrá á allanarla;  
 y al veros aquí conmigo,  
 (*Con grave entereza.*)  
 pues vive Dios, no se aparta  
 de mí un punto vuestra alteza,  
 cómplice con razon clara  
 me creará de vuestra fuga;  
 ¿y cómo borro esta mancha?

Sale ANACLETA

ANACLETA. Cuanto esta noche sucede  
 parece cosa de magia.  
 La ronda con gran silencio  
 se marchó.

COMEND. Con ella vayan

mil Satanases.  
 D.<sup>a</sup> ELVIRA. (*Admirada.*) ¿Marchóse?  
 ANACLETA. No hay ya en la calle ni un alma.  
 LEONARDA. (*A Anacleta.*) ¿Yaquella gente maldita que por el jardín andaba?  
 ANACLETA. También marchó, volaverunt.  
 (*Aparte.*) Como que yo á la antesala contigua los he traído, y desde ella ven la zambra, y oyen con mucho contento cuanto en esta pieza pasa.  
 PIERRES. (*Saliendo de debajo de la mesa.*) Señores, muy buenas noches.  
 LEONARDA. ¡Ay! (*Dando un chillido.*)  
 ANACLETA. (*Santiguándose.*) ¡Jesus!... Una fantasma.  
 COMEND. ¿Y quién es ese demonio?  
 REY. Mi bufon.—¡Maldito!  
 PIERRES. A gatas he estado bajo el bufete, devanado en telarañas, miétras que se iba la ronda; pues las rondas me dan bascas.  
 REY. (*Con gran desahogo.*) Supuesto que ya la ronda sin más insistir se aparta y retiró los esbirros con que ese jardín guardaba, que quien yo soy no sabia parece una cosa clara; que me siguió por seguirme, que al fin perdió mis pisadas, que entrar aquí no me ha visto; y así felizmente acaba, comendador, vuestro empeño, y mi grave apuro cambia.  
 COMEND. ¿Y qué, señor?...  
 REY. (*Con risueña soltura.*) Ahora resta que á vos y á estas nobles damas pida y suplique rendido dispensen molestias tantas, con que imprudente he turbado el reposo de esta casa; y tomando su licencia,  
 (*Al Comendador.*) y dándoos á vos las gracias, regreso al punto á la torre, ántes que noten mi falta.  
 Vamos, Pierres.  
 COMEND. (*Deteniéndole.*) Vuestra alteza pienso que de burlas habla. ¿Cómo puede imaginarse que yo en su escolta no vaya?  
 REY. (*Sorprendido.*) ¿Vos, conmigo?...  
 COMEND. Ciertamente,

señor; y la cosa es clara, pues que me cabe la honra de ser vuestro alcalde y guarda;  
 (*Con entereza.*) que aquí estais tan prisionero como en la torre.  
 REY. (*Confuso.*) Me pasma vuestro arrojo... Yo he salido de la torre noches varias, sólo á divertirme un rato... Y siempre he vuelto... que...  
 COMEND. Nada de lo que ocurrió otras noches quiero saber, pues me basta veros esta fugitivo, teneros, señor, en casa, de vuestra régia persona reconocer la importancia, y que de ella apoderarme y con fuerza asegurarla, porque á mi rey sirvo en ello, y en ello sirvo á mi patria, es mi obligacion.—Yo mismo preso os llevaré.—Leonarda, echa la llave á la puerta pronto, y á mis manos tráela.  
 (*Vase Leonarda.*)  
 REY. (*Impaciente.*) Mas... Comendador, ¿qué es esto?  
 COMEND. Cachaza, señor, cachaza. Sin escándalo del mundo, sin que se trasluzca nada y sin que en Madrid se diga que burlais la vigilancia de los que á su cargo os tienen, ni que habeis (pues fuera causa de hablillas) echado mano de una fuga que os infama; con el respeto debido á vuestra persona sacra, mas ¡vive Dios! muy seguro, á la torre destinada para guardaros, yo mismo os conduciré.  
 Sale LEONARDA  
 LEONARDA. (*Entrega una llave al Comendador.*) Tomadla.  
 COMEND. (*Toma la llave.*) Esperad un breve instante.  
 (*Vase precipitado por la puerta del foro.*)  
 PIERRES. (*Al Rey.*) Dimos, señor, en la trampa.  
 D.<sup>a</sup> ELVIRA. (*Aparte.*) ¡Cielos!... ¿qué irá á hacer mi tío?  
 REY. (*Aparte.*) ¡Qué gente la castellana!...

Todo me parece un sueño.  
 ¡Leonor!... Mi pecho se abrasa, aprovecharé este instante.  
 (*Se acerca á doña Leonor.*)  
 ¡Leonor! ¡Leonor!  
 D.<sup>a</sup> LEONOR. (*Se levanta de la silla muy asfígida, pero con mucha dignidad.*) ¿Qué me manda vuestra alteza?  
 REY. ¿No me dice vuestro labio?...  
 D.<sup>a</sup> LEONOR. Señor, basta. Ya sólo en mi pecho quedan lágrimas y no palabras.  
 Sale EL COMENDADOR trayendo en la mano una rica faja moruna de seda y oro.  
 COMEND. Señor, vuestra alteza es mozo, otro jóven lo acompaña, yo soy anciano sin fuerzas mas que en la honra y en el alma; con vos solitarias calles de oscuridad circundadas voy á atravesar; y es justo que un preso tal, de importancia tan grande, de tanto brio, de tanto poder y fama, en manos de un pobre viejo bien asegurado vaya.  
 REY. ¿Seguridad suficiente no puede dar mi palabra?  
 COMEND. ¡Ah señor!... á vos apelo... Perdonadme, ya empeñarla no podeis, que allá en la torre os la piden y reclaman.  
 REY. (*Aparte.*) Vive Dios, que me confunde, y que el rostro se me abrasa.  
 COMEND. (*Con respeto.*) Yo, señor, no oso privaros, Dios me libre, de la espada; que espada de un rey, tan sólo otro rey ha de tomarla, como no sea con gloria en el campo de batalla; mas permitiréis que os ligue  
 (*Hinca una rodilla.*) rindiéndome á vuestras plantas los brazos, y no os asombre, con aquesta rica faja.  
 REY. (*Aparte.*) Este viejo testarudo sin duda alguna me ata. Mejor es tomarlo á burlas y salga por donde salga.  
 COMEND. Pues de tal origen viene y está á tanto acostumbrada,

que aunque os sujete un momento, vuestra dignidad no empaña.  
 (*Poniéndose de pié y con dignidad y entereza.*) Yo se la gané al Malique en el asalto de Baza. Aun de su valiente sangre la ilustran antiguas manchas. Y yo sujeté con ella al rey Chico de Granada cuando rindió al gran Fernando los castillos de la Alhambra.  
 REY. (*Aparte y entusiasmado.*) ¡Con qué respeto lo escucho! ¡Oh qué sangre tan hidalga!  
 COMEND. Ya veis que tal ligadura, que parece que se guarda por el misterioso cielo para ocasiones tan altas, no afrenta, no. Con sus nudos no deshonra lo que enlaza.  
 REY. (*Asombrado.*) Comendador... ¿No hay remedio?  
 COMEND. (*Empuñando la espada.*) No hay remedio, rey de Francia.  
 Sale de repente HERNANDO DE ALARCON y detrás de él muy embozados, quedándose en ala á la entrada, EL EMPERADOR, EL CONDE y TOMATE.  
 ALARCON. Sí lo hay, que en buena ocasion de este empeño á libertaros y el regio preso á tomaros llega Hernando de Alarcon.  
 (*Todos quedan asombrados y Pierres con mucho miedo se esconde entre unos y otros.*)  
 COMEND. (*Aparte.*) ¿Y por dónde este hombre ha entrado, si yo tengo aquí la llave?  
 REY. (*Aparte.*) Ya es el conflicto más grave.  
 PIERRES. Ahora el seron se ha llenado.  
 ALARCON. (*Al Rey con entereza.*) ¿Y qué es aquesto, señor? ¿Cómo vuestra alteza aquí? ¿Puede comportarse así persona de tal valor? ¿Tan esclarecido rey la pleitesía quebranta y huella con libre planta del juramento la ley? A un caballero le guarda de su palabra el seguro, no reja, no alzado muro, no vigilante alabarda. Vos la palabra me disteis,

de aquel juramento amén,  
de no fugaros... ¡Muy bien  
ambos empeños cumplisteis!  
REY. (*Mortificado.*)  
Noble alcaide, perdonad;  
deponed el justo enojo.  
De escucharos me sonrojo,  
mas mi descargo escuchad.  
Que aunque hablar ya no debiera,  
y á mi majestad ofendo,  
satisfaceros pretendo,  
porque mi pecho os venera,  
y porque hay un caballero  
y unas damas que esto ven,  
y me interesa tambien  
salvar mi honra lo primero.  
(*Con dignidad.*)  
No falté á la pleitesía  
ni á mi palabra falté,  
pues yo tan sólo juré  
que jamás me fugaría.  
Y cual bueno lo cumplí,  
aunque tuve la ocasion...  
mas nunca la tentacion,  
porque para rey nací.  
Un mes hace, un mes cumplido  
que todas las noches salgo.  
¿Y habeis advertido algo?...  
Fugarme hubiera podido.  
Pues no lo hice, ¡vive Dios!  
Si he dado fiel cumplimiento  
á palabra y juramento  
juzgado, cual noble, vos. (*Enojado.*)  
He salido á divertir  
mis penas, mas no á fugarme.  
Nadie pues puede afrentarme  
ni yo lo he de permitir.  
D.<sup>a</sup> LEONOR. (*Aparte.*) ¡Y qué bien que se defiende  
de haberme á mí asesinado!...  
D.<sup>a</sup> ELVIRA. (*Aparte.*) ¡Qué galan y bien hablado!  
¿Qué helado pecho no enciende?  
COMEND. Señor Alarcon, su alteza  
prueba muy bien su lealtad.  
ALARCON. Comendador, es verdad,  
mas con una sutileza.  
Y todo se lo concedo,  
mas que de mí se ha burlado,  
y mi buena fe engañado  
dejar aparte no puedo. (*Al Rey.*)  
Me habeis burlado, señor,  
burlado mi buena fe...  
Ahora, ¿qué responderé  
al augusto Emperador?  
Satisfaccion conveniente,  
y satisfaccion cabal  
esta ofensa personal

reclama debidamente.  
Y yo, alto al rey, os la exijo  
caballero á caballero,  
esgrimiendo el noble acero  
en lugar y en plazo fijo;  
y pues vuestra dignidad  
tal empeño no permite,  
porque tan sólo se admite  
donde hay perfecta igualdad,  
(*Con calor.*)  
venga un francés campeon,  
el que más al mundo asombre,  
á lidiar en vuestro nombre,  
con Hernando de Alarcon.  
(*Se descalza un guante y lo tira en  
medio de la escena. El Emperador  
se desemboza repentinamente, y se le  
ve ricamente vestido y con el collar  
del toison de oro, y recoge el guante  
con gran rapidez. El Conde y To-  
mate se desembozan y descubren.  
Todos quedan en la actitud del ma-  
yor respeto.*)  
EMPERADOR. (*A Alarcon.*)  
Baste. (*Al Rey.*) Llegad á mis brazos,  
generoso rey de Francia,  
y vuestra noble arrogancia  
en tan amistosos lazos  
la paz firme venturosa  
que entre los dos reina ya.  
REY. (*Arrojándose en los brazos del Empe-  
rador.*)  
Esta la firma será  
de fuerza más poderosa.  
EMPERADOR. Aun más que amigos, hermanos  
nos vea la cristiandad  
guerra hacer á la impiedad,  
y guerra á los mahometanos.  
REY. Y á ambos unidos, señor,  
nos vea el Asia con espanto  
ganar el sepulcro santo  
en que durmió el Salvador.  
ALARCON. (*Al Emperador hincando una rodilla.*)  
Invicto César...  
EMPERADOR. (*Dándole su guante y alzándole con  
gran atencion.*)  
Alzad.  
Sé lo mucho que valeis.  
Nada que decir teneis.  
Conozco vuestra lealtad.  
COMEND. (*Hincando una rodilla delante del  
Emperador.*)  
¡Oh qué gozo!... Permitid,  
pues mi humilde choza honrais,  
y en alcázar la tornais  
el más alto de Madrid,

que á vuestros piés este anciano  
hoy su familia os presente,  
y que pida reverente  
besar vuestra sacra mano.  
EMPERADOR. Alzad, buen comendador.  
De Calatrava clavero  
os nombro, que premiar quiero  
tanta nobleza y valor.  
(*El Comendador le besa la mano.*)  
¿Son estas vuestras sobrinas?  
COMEND. (*Presentándole á doña Elvira.*)  
Elvira.  
(*Doña Elvira se arrodilla y le besa la  
mano.*)  
EMPERADOR. Sois muy hermosa.  
COMEND. (*Presentándole á doña Leonor.*)  
Leonor.  
EMPERADOR. (*Mirando maliciosamente al Rey.*)  
¿Y por qué llorosa?...  
(*Al Comendador.*)  
Teneis dos perlas divinas.  
Id y besadle la mano,  
porque en ello tendrá gusto,  
y porque acatarle es justo,  
al rey de Francia mi hermano.  
(*Llega el Comendador al Rey y le besa  
la mano.*)  
REY. De castellano tan fiel  
que no me desaire espero,  
y le nombro caballero  
de la órden de San Miguel.  
(*Llega doña Elvira.*)  
Esta cadena, señora,  
(*Se quita una cadena del cuello y se  
la pone á doña Elvira, sin permitir  
que le bese la mano.*)  
os recuerde al desgraciado,  
que en vuestra casa ha logrado  
entrar en tan buena hora.  
(*Llega doña Leonor muy turbada.*)  
Siento en el alma el disgusto  
que sin querer os causé.  
En vuestro rostro se ve  
que aun no calmó vuestro susto.  
(*Rehusa el que le bese la mano.*)  
D.<sup>a</sup> LEONOR. (*Aparte.*) ¡Cruel!  
REY. (*Aparte á doña Leonor.*)  
¡Ah! me estoy muriendo.

Soy más infeliz que vos.  
D.<sup>a</sup> LEONOR. (*Aparte al Rey.*)  
¡Ay!... No lo permita Dios.  
REY. (*Alto.*) Que me permitais pretendo  
que á vuestra belleza añada  
de dote cien mil ducados,  
que años mil afortunados  
goceis, con gusto casada.  
D.<sup>a</sup> LEONOR. (*Con altivez.*)  
Gracias os doy, mas no admito;  
porque tengo pensamiento  
de retirarme á un convento,  
donde nada necesito.  
ANACLETA. (*Aparte.*) ¡Repentina vocacion!  
D.<sup>a</sup> LEONOR. (*Clavando los ojos en el Rey.*)  
Este mundo es todo engaños,  
y quiero burlar sus daños  
en eterna reclusion.  
REY. Pero el dote es vuestro ya,  
y de él podeis disponer.  
(*Aparte.*) ¡Oh qué celestial mujer!  
D.<sup>a</sup> LEONOR. (*Aparte.*) Mi alma adorándolo está.  
EMPERADOR. (*Al Rey.*) Señor, hermano y amigo,  
á que hablemos más despacio,  
y á descansar, á palacio  
venid, os ruego, conmigo.  
REY. César generoso, aun nó;  
que á la torre he de volver  
por exigirlo un deber  
con que es fuerza cumpla yo.  
Que el mundo diga no quiero  
que fugitivo me ha hallado  
la paz, habiendo faltado  
á la fe de caballero.  
Y para satisfacer  
al respetable Alarcon,  
con él solo á la prision  
esta noche he de volver.  
(*Alarga la mano á Alarcon con mu-  
cha gracia y amabilidad.*)  
EMPERADOR. Tal delicadeza admiro.  
Con la pompa conveniente  
en cuanto empiece en oriente  
el próximo sol su giro,  
y con gran solemnidad  
ardiendo mi corte en galas,  
iré á buscaros en alas  
de nuestra eterna amistad.

Sevilla; setiembre 1840